

# PALOMAS

Por EDUARDO MAULEON

Estamos en Echalar. Echalar es una de las Cinco Villas del Bidasoa que, arrimada a la frontera de Laburdi, duerme su soledad en el regazo y el abrigo de unas montañas estrechas y empinadas y lomas alargadas, revestidas de verdes praderíos, petachos de pinos y campos de helechos.

Hay que subir un puerto de cerradas curvas, para llegar al collado de Lizayeta.

Aquí, detrás de la barrera de madera pintada de negro que divide a las dos naciones, se abre una explanada herbosa en la que se asienta un hermoso restaurante francés de típica arquitectura del país. Un poco más abajo otro bonito edificio con una pista de tenis al lado.

Hoy tiene lugar la llamada Fiesta de la Paloma. Y esto trae como consecuencia la concentración de una enorme muchedumbre venida de ambos lados de la frontera, deseosa de pasar unas agradables horas en este encantador paisaje de la muga navarra.

Varios gendarmes, con radio-emisoras portátiles, regulan la circulación de los vehículos que, a cientos, se van alineando en la carretera y al lado del restaurante francés.

Allí están mezclados autobuses, turismos y motocicletas que llevan matrícula de San Sebastián y Navarra con los que tienen matrículas de diferentes departamentos de Francia. Y de ahí parten incesantemente turistas, montañeros, cazadores y caseros, que convierten la senda que se dirige a las redes, puestos y cantinas españolas, en un camino de desconcertante romería.

Las redes están inactivas. No pasan palomas. Ni pasarán probablemente porque según avisan de Francia llueve bastante por allá abajo.

Los curiosos se aburren y se marchan a las cantinas en donde los chicos y chicas de los caseríos bailan incesantemente jotas vascas al compás de las acordeones.

El lugar donde cuelgan las seis redes se ha quedado triste, silencioso, aburridísimo.

Plumas mezcladas con el barro al ser pisadas, y plumas temblorosas agarradas a las mallas, como símbolo a la desdicha de unas aves que no llegarían a su destino.

Nos vamos por el camino de las mugas con el fin de recorrer los puestos franceses. En este momento el lejano y reglamentario toque de una corneta, que

parte de un puesto de observación, rompe la solemnidad de los cercanos escopeteros. Una banda de palomas, desviada y asustada por las blancas paletas arrojadas por los vigías, pasa a escasa altura del lugar en que nos hallamos. El tiroteo es imponente. Más tiros, desde luego, que valátiles. Cuatro o cinco de estos se revuelven un instante bajo este cielo gris, y caen pesadamente entre los testados helechos. Las que han salido tan sólo con un tremendo susto, se vuelven atrás.

En el aire, con olor a pólvora, flotan unas cuantas plumas que el aire se las va llevando hacia el Sur.

Nos levantamos del suelo, pues en él estábamos como es obligación de todo curioso que pase ante un puesto y crucen palomas, y proseguimos nuestro entretenido caminar.

Más palomas. Desde el suelo, de nuevo, vemos pasar, un poco alejadas, una banda, si banda puede llamarse a tres despistadas y atemorizadas palomas que han tenido la poca fortuna de cruzar entre dos puestos.

¡Mon Dieu, quelle horreur!

Tan sólo hemos visto un puñado de palomas jugando en el aire. Los franceses que dispararon no creo que hayan visto mucho más que nosotros.

Cuando volvemos hacia Lizayeta las redes ya no están. Sigue aquello tan triste como a la mañana. Tan melancólico como aquellas montañas del fondo a las que las nieblas que vienen del mar, cubren casi por completo.

Las cantinas están abarrotadas de gente. Gente que come, bebe y canta sin descansar apenas.

Ahí fuera, aldeanos de los caseríos y pueblecitos franceses, que llevan boina descomunal y bigote reducido, contemplan, en silencio, el baile que en un breve hierbín, ejecutan unas parejas al son de un txistu.

Turistas con boinas que parecen tapaderas y calzados con un par de correas que pretenden ser sandalias, buscan ángulos donde enfocar sus máquinas.

En la senda nos cruzamos con unas mujeres, de edad incertable, que llevan pantalones largos y zapatos con descomunales y delgados tacones que les obligan a hacer piruetas sobre este suelo embarrado e irregular. Nos preguntan si llegan a tiempo para ver funcionar las redes de Echalar...